

demos, que de la buena mujer es tener estas cualidades todas: y entendemos también, que la que no va por aquí, no debe ser llamada ni la gracia, ni la luz, ni el placer de su casa; sino el trasto de ella, y el estropiezo, ó por darles su nombre verdadero, el trasgo, y la estantigua, que á todos los turba y asombra. Y sucede así, que como á las casas, que son por esta causa asombradas, después de haberlas conjurado, al fin los que las viven las dejan; así la habitación donde reinan en figura de mujer estas fieras, el marido teme entrar en ella, y la familia desea salir de ella, y todos la aborrecen, y lo más presto que pueden, la santiguan, y huyen. Qué dice el Sabio (Eccli., c. xxvi, v. 9)? *El azote de la lengua de la mujer brava por todos se extiende; enojo fiero la mujer airada, y borracha, es su afrenta perpetua.* Conocí yo una mujer, que cuando comía reñía, y cuando venía la noche reñía también, y el sol cuando nacía la hallaba riñendo, y estó hacia el día santo, y el día no santo, y la semana, y el mes, y por todo el año, no era otro su oficio sino reñir. Siempre se oía el grito, y la voz áspera, y la palabra afrentosa, y el deshonorar sin freno; y ya sonaba el azote, y ya volaba el chapín, y nunca la oí, que no me acordase de aquello que dice el poeta (1),

Tesiphone ceñida de crueza,  
la entrada sin dormir de noche y día  
ocupa: suena el grito, la braveza,  
el lloro, el crudo azote, la porfia.

Y así era su casa una imágen del infierno en esto, con ser en lo demás un paraíso: porque las personas de ella eran no para mover á braveza, sino para dar contento y descanso á quien lo mirara bien. Por donde cargando yo el juicio algunas veces en ello, me resolví en que de todo aquel vocear y reñir, no se podía dar causa alguna que colorada fuese, sino era, querer digerir con aquel ejercicio las cenas, en las cuales de ordinario esta señora excedía. Y es así que en estas bravas, si se apuran bien todas las causas de esta su desenfrenada y continúa cólera, todas ellas son razones de disparate. La una, porque le parece, que cuando riñe es señora. La otra,

(1) Ovid., lib. iv. Metamorph.

porque la desgració el marido, y halo de pagar la hija, ó la esclava. La otra, porque su espejo no le mintió, ni la mostró hoy tan linda como ayer, de cuanto ve levanta alboroto. A la una embravece el vino, á la otra su no cumplido deseo, y á la otra su mala ventura. Pero pasemos más adelante. Dice:

### §. XVII.

No han de ser las buenas mujeres callejeras, visitadoras y vagabundas, sino que han de amar mucho el retiro, y se han de acostumbrar á estarse en casa.

*Rodeó todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde.*

Quiere decir, que en levantándose la mujer, ha de proveer las cosas de su casa, y poner en ellas orden, y que no ha de hacer lo que muchas de las de agora hacen: que unas en poniendo los piés en el suelo, ó antes que los pongan, estando en la cama, negocian luégo con el almuerzo, como si hubiesen pasado cavando la noche. Otras se asientan con su espejo á la obra de su pintura, y se están en ella enclavadas tres ó cuatro horas, y es pasado el medio día, y viene á comer el marido, y no hay cosa puesta en concierto. Y habla Salomón de esta diligencia aquí, no porque antes de agora no hubiese hablado de ella, sino por dejarla con el repetir más firme en la memoria, como cosa importante, y como quien conocía de las mujeres, cuán mal se hacen al cuidado, y cuán inclinadas son al regalo. Y dícelo también, porque diciéndole á la mujer, que rodee su casa, le quiere enseñar el espacio por donde ha de menear los piés la mujer, y los lugares por donde ha de andar, y como si dijésemos, el campo de su carrera, que es su casa propia, y no las calles, ni las plazas, ni las huertas, ni las casas ajenas. *Rodeó, dice, los rincones de su casa.* Para que se entienda, que su andar ha de ser en su casa, y que ha de estar presente siempre en todos los rincones de ella; y que porque ha de estar siempre allí presente, por eso no ha de andar fuera nunca; y que porque sus piés son para rodear sus rincones, entienda, que no los tiene para

rodear los campos, y las calles. ¿No dijimos arriba, que el fin para que ordenó Dios la mujer, y se la dió por compañía al marido, fué para que le guardase la casa; y para lo que él ganase en los oficios, y contrataciones de fuera, traído á casa lo tuviese en guarda la mujer, y fuese como su llave? Pues si es por natural oficio guarda de casa, ¿cómo se permite, que sea callejera, y visitadora y vagabunda? ¿Qué dice San Pablo á su discípulo Tito (Epist. ad Titum, c. II, vv. 4 y 5.), que enseñe á las mujeres casadas? Que sean prudentes, dice, y que sean honestas, y que amen á sus maridos, y que tengan cuidado de sus casas. Adonde lo que decimos, que tengan cuidado de sus casas, el original dice así, y *que sean guardas de sus casas*. ¿Por qué les dió á las mujeres Dios las fuerzas flacas, y los miembros muelles, sino porque las crió, no para ser postas, sino para estar en su rincón asentadas? Su natural propio pervierte la mujer callejera. Y como los peces en cuanto están dentro del agua, discurren por ella, y andan y vuelan ligeros, mas si acaso los sacan de allí, quedan sin se poder menear; así la buena mujer, cuanto para de sus puertas adentro ha de ser presta, y ligera, tanto para fuera de ellas, se ha de tener por coja, y torpe. Y pues no las dotó Dios, ni del ingenio que piden los negocios mayores, ni de fuerzas las que son menester para la guerra y el campo, mídanse con lo que son, y conténtense con lo que es de su suerte, y entiendan en su casa, y anden en ella, pues las hizo Dios para ella sola. Los chinos en naciendo les tuercen á las niñas los piés, porque cuando sean mujeres, no los tengan para salir fuera; y porque para andar en su casa, aquellos torcidos les bastan. Como son los hombres para lo público, así las mujeres para el encerramiento: y como es de los hombres el hablar, y el salir á luz, así de ellas el encerrarse y encubrirse. Aun en la Iglesia, á donde la necesidad de la religión las lleva, y el servicio de Dios, quiere San Pablo (I. ad Corinth. capit. XI.), que estén así cubiertas, que apenas los hombres las vean; ¿y consentirá, que por su anejo vuelen por las plazas y calles, haciendo alarde de sí? ¿Qué ha de hacer fuera de su casa, la que no tiene partes ningunas de las que piden las cosas que fuera de ella se tratan? Forzoso es, que como la experiencia lo enseña, pues no tie-

nen saber para los negocios de sustancia, traten saliendo de poquedades y menudencias: y forzoso es, que pues no son para las cosas de seso y de peso, se ocupen en lo que es perdido y liviano: y forzoso es, que pues no es de su oficio ni natural, hacer lo que pide valor, hagan el oficio contrario. Y así es que las que en sus casas cerradas y ocupadas las mejorarán, andando fuera de ellas las destruyen. Y las que con andar por sus rincones ganarán las voluntades, y edificarán las conciencias de sus maridos; visitando las calles, corrompen los corazones ajenos, y enmollecen las almas de los que las ven, las que por ser ellas muelles, se hicieron para la sombra, y para el secreto de sus paredes. Y si es de lo propio de la mujer, el vaguear por las calles, como Salomón en los Proverbios lo dice (Prov. cap. VII, v. 10.), bien se sigue, que ha de ser propiedad de la buena, el salir pocas veces en público. Dice bien uno acerca del poeta Menandro (1):

A la buena mujer le es propio y bueno  
El de continuo estar en su morada,  
Que el vaguear de fuera es de las viles.

Y no por esto piensen, que no serán conocidas, ó estimadas, si guardan su casa; porque al revés ninguna cosa hay, que así las haga preciar, como el asistir en ella á su oficio. Como de Theano la pitagórica (2), que siendo preguntada por otra, cómo vendría á ser señalada y nombrada, escriben que dijo: *Que hilando, y tejiendo, y teniendo cuenta con su rincón*. Porque siempre á las que así lo hacen, les sucede lo que luégo se sigue, esto es:

(1) Apud Stobæum, serm. LXXIV.

(2) Sophocles in Phrix.

## §. XVIII.

De cómo pertenece al oficio de la perfecta casada hacer bueno al marido, y de la obligación que tiene la que es madre, de criar por sí á los hijos.

*Levantáronse sus hijos, y loáronla, y alabóla también su marido.*

Parecerá á alguno, que tener una mujer hijos, y maridos tales que la alaben, más es buena dicha de ella, que parte de su virtud. Y dirán, que no es esta alguna de las cosas, que ella ha de hacer para ser la que debe, sino de las que si lo fuere, le sucederán. Mas aunque es verdad que á las tales les sucede esto, pero no se ha de entender, que es suceso que les adviene por caso, sino bien que les viene, porque ellas lo hacen y lo obran. Porque al oficio de la buena mujer pertenece, y esto nos enseña Salomón aquí, hacer buen marido, y criar buenos hijos, y tales que no sólo con debidas, y agradecidas palabras le den loor, pero mucho más con buenos hechos y obras. Que es pedirle tanta bondad y virtud, cuanta es menester, no sólo para sí, sino también para sus hijos, y su marido. Por manera que sus buenas obras de ellos sean propios, y verdaderos loores de ella y sean como voces vivas, que en los oídos de todos canten su loor. Y cuanto á lo del marido, cierto es lo primero, que el Apóstol dice (I. ad Cor. cap. vii, v. 14.), que muchas veces la mujer cristiana y fiel, al marido que es infiel, le gana, y hace su semejante. Y así no han de pensar, que pedirles esta virtud, es pedirles lo que no pueden hacer, porque si alguno puede con el marido, es la mujer sola. Y si la caridad cristiana obliga al bien del extraño; ¿cómo puede pensar la mujer, que no está obligada á ganar, y á mejorar su marido? Cierto es, que son dos cosas, las que entre todas tienen para persuadir eficacia, el amistad y la razón. Pues veamos, ¿cuál de estas dos cosas falta en la mujer, que es tal cual decimos aquí; ó veamos si hay algún otro, que ni con muchas partes se iguale con ella en esto? El amor que hay entre dos, mujer y marido, es el más estrecho, como es notorio, porque le principia la naturaleza, y le acre-

cienta la gracia, y le enciende la costumbre, y le enlazan estrechísimamente otras muchas obligaciones. Pues la razón, y la palabra de la mujer discreta, es más eficaz que otra ninguna en los oídos del hombre. Porque su aviso es aviso dulce. Y como las medicinas cordiales, así su voz se lanza luego, y se apega más con el corazón. Muchos hombres habría en Israel tan prudentes, y de tan discreta, y más discreta razón que la mujer de Tecua (II. Reg. cap. xiv.): y para persuadir á David y para inducirle á que tornase á su hijo Absalón á su gracia, Joab su capitán general avisadamente se aprovechó del aviso de sola esta mujer, y sola esta quiso, que con su buena razón y dulce palabra ablandase y torciese á piedad el corazón del Rey justamente indignado: y sucedióle su intento. Porque, como digo, mejórase, y esfuérase mucho cualquiera buena razón en la boca dulce de la sabia y buena mujer. ¿Que quién no gusta de agradar á quien ama? ¿O quién no se fía de quien es amado? ¿O quién no da crédito al amor, y á la razón, cuando se juntan? La razón no se engaña, y el amor no quiere engañar. Y así conforme á esto tiene la buena mujer tomados al marido todos los puertos: porque ni pensará que se engaña, la que tan discreta es, ni sospechará que le quiere engañar, la que como su mujer le ama. Y si los beneficios en la voluntad de quien los recibe, crían deseo de agradecimiento, y la aseguran para que sin recelo se fie de aquel, de quien los ha recibido, y ambas á dos cosas hacen poderosísimo el consejo, que da el beneficiador al beneficiado: ¿qué beneficio hay que iguale al que recibe el marido de la mujer, que vive como aquí se dice? De un hombre extraño si oímos que es virtuoso y sabio, nos fiamos de su parecer: ¿y dudará el marido de obedecer á la virtud y discreción, que cada día ve y experimenta? Y porque decimos cada día, tienen aun más las mujeres, para alcanzar de sus maridos lo que quisieren, esta oportunidad y aparejo, que pueden tratar con ellos cada día, y cada hora, y á las horas de mejor coyuntura y sazón. Y muchas veces lo que la razón no puede, la importunidad lo vence, y señaladamente la de la mujer, que como dicen los experimentados, es sobre todas. Y verdaderamente es caso, no sé si diga vergonzoso, ó donoso, decir, que las buenas no son poderosas para concertar sus maridos; siendo las malas

valientes para inducirlos á cosas desatinadas, que los destruyen. La mujer por sí puede mucho, y la virtud y razón también á sus solas es muy valiente, y juntas entrambas cosas se ayudan entre sí, y se fortifican de tal manera, que lo ponen todo debajo de los piés. Y ellas saben, que digo verdad, y que es verdad, que se puede probar con ejemplo de muchas, que con su buen aviso y discreción han enmendado mil malos siniestros en sus maridos, y ganádoles el alma, y enmendádoles la condición, en unos brava, en otros distraida, en otros por diferentes maneras viciosa. De arte que las que se quejan agora de ellos, y de su desorden, quéjense de sí primero y de su negligencia, por la cual no los tienen cual deben. Mas si con el marido no pueden, con los hijos que son parte suya, y los traen en las manos desde su nacimiento, y les son en en la niñez como cera; ¿qué pueden decir, sino confesar que los vicios de ellos, y los desastres en que caen por sus vicios, por la mayor parte son culpas de sus padres? Y porque agora hablamos de las madres, entiendan las mujeres, que si no tienen buenos hijos, gran parte de ello es, porque no les son ellas enteramente sus madres. Porque no ha de pensar la casada, que el ser madre es engendrar y parir un hijo: que en lo primero siguió su deleite, y á lo segundo les forzó la necesidad natural. Y si no hiciesen por ellos más, no sé en cuánta obligación los pondrían. Lo que se sigue después del parto, es el puro oficio de la madre, y lo que puede hacer bueno al hijo, y lo que de veras le obliga. Por lo cual téngase por dicho esta perfecta casada, no lo será, si no cria á sus hijos: y que la obligación que tiene por su oficio á hacerlos buenos, esa misma le pone necesidad á que los crie á sus pechos. Porque con la leche, no digo que se aprende, que eso fuera mejor, porque contra lo mal aprendido, es remedio el olvido; sino digo, que se bebe y convierte en sustancia, y como en naturaleza todo lo bueno y lo malo, que hay en ella, de quien se recibe. Porque el cuerpo ternecico de un niño, y que salió como comenzado del vientre, la teta le acaba de hacer y formar. Y según quedare bien formado el cuerpo, así le avendrá al alma después, cuyas costumbres ordinariamente nacen de sus inclinaciones de él. Y si los hijos salen á los padres de quien nacen, ¿cómo no saldrán á las amas

con quien pacen, si es verdadero el refrán español? ¿Por ventura no vemos, que cuando el niño está enfermo, purgamos al ama que le cria, y que con purificar, y sanar el mal humor de ella, le damos salud á él? Pues entendamos, que como es una la salud, así es uno el cuerpo: y si los humores son unos, ¿cómo no lo serán las inclinaciones, las cuales por andar siempre hermanadas con ellos, en castellano con razón las llamamos *humores*? De arte que si el alma es borracha, habemos de entender, que el desdichadito beberá con la leche el amor del vino: si colérica, si tonta, si deshonesta, si de viles pensamientos y ánimo, como de ordinario lo son, será el niño lo mismo. Pues si el no criar los hijos, es ponerlos á tan claro y manifiesto peligro, ¿cómo es posible que cumpla con lo que debe la casada que no los cria? esto es decir, la que en la mejor parte de su casa, y para cuyo fin se casó principalmente, pone tan mal recaudo? ¿Qué le vale ser en todo lo demás diligente, si en lo que es más es así descuidada? Si el hijo sale perdido, ¿qué vale la hacienda ganada? ¿O qué bien puede haber en la casa, donde los hijos, para quien es, no son buenos? Y si es parte de esta virtud conyugal, como habemos ya visto, la piedad generalmente con todos; las que son tan sin piedad, que entregan á un extraño el fruto de sus entrañas, y la imagen de virtud y de bien, que en él había comenzado la naturaleza á obrar, consienten que otro la burre; y permiten que imprima vicios, en lo que del vientre salía con principio de buenas inclinaciones; cierto es, que no son buenas casadas, ni aun casadas, si habemos de hablar con verdad. Porque de la casada es engendrar hijos legítimos, y los que se crian así, mirándolo bien, son llanamente bastardos. Y porque Vmd. vea que hablo con verdad, y no con encarecimiento, ha de entender, que la madre en el hijo que engendra, no pone sino una parte de su sangre, de la cual la virtud del varón figurándola hace carne y huesos. Pues el alma que cria, pone lo mismo, porque la leche es sangre, y en aquella sangre la misma virtud del padre, que vive en el hijo, hace la misma obra: sino que la diferencia es esta, que la madre puso este su caudal por nueve meses, y el ama por veinticuatro: y la madre, cuando el parto era un tronco sin sentido ninguno, y el ama cuando comienza ya á

sentir, y reconocer el bien que recibe: la madre influye en el cuerpo, el ama en el cuerpo y en el alma. Por manera que echando la cuenta bien, el ama es la madre, y la que le parió es peor que madrastra, pues enajena de sí á su hijo, y hace borden de lo que había nacido legítimo, y es causa que sea mal nacido el que pudiera ser noble; y comete en cierta manera un género de adulterio, poco menos feo, y no menos dañoso que el ordinario. Porque en aquel vende al marido por hijo el que no es de él, y aquí el que no lo es de ella: y hace sucesor de su casa al hijo del ama, y de la moza, que las más veces es una, ó villana, ó esclava. Bien conforma con esto lo que se cuenta haber dicho un cierto mozo romano de la familia de los Gracos, que volviendo de la guerra vencedor, y rico de muchos despojos; y viniéndole al encuentro para recibirle alegres y regocijadas su madre, y su ama juntamente, él vuelto á ellas, y repartiendo con ellas de lo que traía, como á la madre diese un anillo de plata, y al ama un collar de oro; y como la madre indignada de esto se doliese de él, le respondió, que no tenía razón. Porque, dijo, vos no me tuvistes en el vientre más de por espacio de nueve meses, y esta me ha sustentado á sus pechos por espacio de dos años enteros. Lo que yo tengo de vos es sólo el cuerpo, y aun ese me distes por manera no muy honesta; mas la dádiva que de ésta tengo, diómela ella con pura y sencilla voluntad. Vos en naciendo yo, me apartastes de vos, y me alejastes de vuestros ojos; mas ésta ofreciéndose, me recibió desechado en sus brazos amorosamente, y me trató así, que por ella he llegado, y venido al punto, y estado en que agora estoy. Manda San Pablo (Ad Tit., cap. II, v. 4.) en la doctrina, que da á las casadas, que amen á sus hijos. Natural es á las madres amarlos, y no había para qué San Pablo encargase con particular precepto una cosa tan natural. De donde se entiende, que el decir que los amen, es decir, que los crien, y que el dar leche la madre á sus hijos, á eso San Pablo llama amarlos, y con gran propiedad: porque el no criarlos es venderlos, y hacerlos no hijos suyos, y como desheredarlos de su natural; que todas ellas son obras de fiero aborrecimiento, y tan fiero que vencen en ello aun á las fieras: ¿Porque qué animal tan crudo hay, que no crie lo que produce? ¿Que fie de otro la crian-

za de lo que pare? La braveza del león sufre con mansedumbre á sus cachorrillos, que importunamente le desjuguen las tetas. Y el tigre sediento de sangre da alegremente la suya á los suyos. Y si miramos á lo delicado, el flaco pajarillo por no dejar sus huevos, olvida el comer, y se enflaquece, y cuando los ha sacado, rodea todo el aire volando, y trae alegre en el pico lo que él desea comer, y no lo come, porque ellos lo coman. ¿Mas qué es menester salirnos de casa? La naturaleza dentro de ella misma declara casi á voces su voluntad, enviando luego después del parto leche á los pechos. ¿Qué más clara señal esperamos de lo que Dios quiere, que ver lo que hace? Cuando les levanta á las mujeres los pechos, les manda que crien: engrosándole los pezones, les avisa que han de ser madres: los rayos de la leche que viene, son como agujijones con que las despierta, á que alleguen á sí lo que parieron. Pero á todo esto se hacen sordas algunas, y excúsanse con decir, que es trabajo, y que es hacerse temprano viejas, parir y criar. Es trabajo, yo lo confieso. Mas si esto vale, ¿quién hará su oficio? No esgrima la espada el soldado ni se oponga al enemigo, porque es caso de peligro y sudor. Y porque se lacera mucho en el campo, desampare el pastor sus ovejas. Es trabajo el parir y criar; pero entiendan que es un trabajo hermanado, y que no tienen licencia para dividirlo. Si les duele el criar, no paran. Y si les agrada el parir, crien también. Si en esto hay trabajo, el del parto es sin comparación el mayor. Pues ¿por qué las que son tan valientes en lo que es más, se acobardan en aquello que es menos? Bien se dejan entender las que lo hacen así; y cuando no por sus hijos, por lo que deben á su vergüenza, habían de traer más cubiertas, y disimuladas sus inclinaciones. El parir, aunque duele agriamente, al fin se lo pasan. Al criar no arros-tran, porque no hay deleite que lo alcahete. Aunque si se mira bien, ni aún esto les falta á las madres que crían, antes en este trabajo la naturaleza sabia y prudente repartió gran parte de gusto, y de contento. El cual aunque no le sentimos los hombres, pero la razón nos dice que le hay, y en los extremos que hacen las madres con sus niños lo vemos. Porque ¿qué trabajo no paga el niño á la madre, cuando ella le tiene en el regazo desnudo? ¿cuando él juega con la teta? ¿cuando

la hiere con la manecilla? ¿cuando la mira con risa? ¿cuando gorjea? Pues cuando se le anuda al cuello, y la besa, pareceme que aún la deja obligada. Crie pues la casada perfecta á su hijo, y acabe en él el bien que formó, y no dé la obra de sus entrañas á quien se la dañe; y no quiera que torne á nacer mal lo que había nacido bien, ni que le sea maestra de vicios la leche, ni haga bastardo á su sucesor; ni consienta que conozca á otra antes que á ella por madre, ni quiera que en comenzando á vivir, se comience á engañar. Lo primero en que abra los ojos su niño, sea en ella, y de su rostro de ella se figure el rostro de él: la piedad, la dulzura, el aviso, la modestia, el buen saber con todos los demás bienes, que le hemos dado, no sólo los traspase con la leche en el cuerpo del niño, sino también los comience á imprimir en el alma tierna de él con los ojos, y con los semblantes: y ame, y desee, que sus hijos le sean suyos del todo, y no ponga su hecho en parir muchos hijos, sino en criar pocos buenos. Porque los tales con las obras la ensalzarán siempre, y muchas veces con las palabras, diciendo lo que se sigue:

### §. XIX.

Qué alabanzas merece la perfecta casada, y cómo para serlo es menester que esté adornada de muchas perfecciones.

*Muchas hijas allegaron riquezas, mas tú subiste sobre todas.*

*Hijas* llama el hebreo á cualesquier mujeres. Por *riquezas* habemos de entender, no sólo los bienes de la hacienda, sino también los del alma, como son el valor, la fortaleza, la industria, el cumplir con su oficio, con todo lo demás que pertenece á lo perfecto de esta virtud; ó por decirlo más brevemente, *riquezas* aquí se toman por esta virtud conyugal puesta en su punto. Y dice Salomón que los hijos de la perfecta casada, loándola, la encumbran sobre todas, y dicen que de las buenas, ella es la más buena. Lo cual dice ó escribe Salomón que lo dirán, conforme á la costumbre de los que loan, en lo cual es ordinario, lo que es loado, ponerlo fuera de toda comparación, y más cuando en los que alaban se ayunta á la

razón la afición. Y á la verdad todo lo que es perfecto en su género, tiene aquesto que, si lo miramos con atención, hinche así la vista del que lo mira, que no le deja pensar que hay igual. O digamos de otra manera, y es, que no se hace la comparación con otras casadas que fueron perfectas, sino con otras que parecieron quererlo ser. Y esto cuadra muy bien, porque esta mujer que aquí se loa, no es alguna particular, que fué tal como aquí se dice, sino es el dechado, y como la idea común que comprende todo este bien: y no es una perfecta, sino todas las perfectas, ó por mejor decir, esa misma perfección: y así no se compara con otra perfección de su género, porque no hay otra, y en ella está toda; sino compárase con otras cualidades que caminan á ella y no le llegan, y que en la apariencia son este bien, mas no en los quilates. Porque á cada virtud la sigue é imita otra, que no es ella, ni es virtud. Como la osadía parece fortaleza, y no lo es, y el desperdiciado no es liberal, aunque lo parece. Y por la misma manera hay casadas que se quieren mostrar cabales y perfectas en su oficio; y quien no atendiere bien, creerá que lo son, y á la verdad no atinan con él. Y esto por diferentes maneras. Porque unas, si son caseras, son avarientas. Otras, que velan en la guarda de la hacienda, en lo demás se descuidan. Unas crían los hijos, y no curan de los criados. Otras son grandes curadoras y acariciadoras de la familia, y con ella hacen bando contra el marido. Y porque todas ellas tienen algo de esta perfección que tratamos, parece que la tienen toda, y de hecho carecen de ella: porque no es cosa que se vende por partes. Y aún hay algunas que se esfuerzan á todo, pero no se esfuerzan á ello por razón, sino por inclinación ó por antojo: y así son movedizas, y no conservan siempre un tenor, ni tienen verdadera virtud, aunque se asemejan mucho á lo bueno. Porque esta virtud, como las demás, no es planta que se da en cualquier tierra, ni es fruta de todo árbol, sino quiere su propio tronco y raíz, y no nace, ni mana, sino es de una fuente que es la que se declara en lo que se sigue.